

3/11/2018

LLAMADOS PARA TRANSFORMAR Mateo 5:13-16

El discípulo de Cristo hace la diferencia en el mundo porque no sólo predica la Palabra, sino que la modela, es decir, es ejemplo de ella. El discípulo tiene bien claro que su trabajo no termina cuando evangeliza a una persona; el discípulo tiene claro que apenas comienza su trabajo allí. El discípulo tiene bien claro que su llamado es para ser sal de la tierra y luz del mundo para cuantos lo necesiten, es decir, el trabajo del discípulo es cambiar o transformar vidas. Por supuesto que sabemos que el Único que cambia vidas es Cristo, pero el discípulo es un instrumento útil en las manos del Señor para transformar.

El Señor Jesús les había dicho a Pedro y a su hermano Andrés cuando los llamó: “...*Venid en pos de Mí, y os haré pescadores de hombres*” (Mt. 419). ¿Qué significaba aquella extraña frase, aquel extraño llamado? Parece que el capítulo 5 empieza a dar respuesta a esta pregunta. El Señor Jesús los llama a ser sal de la tierra y luz para el mundo. El Señor los está llamando a transformar vidas.

Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres.

Dos elementos importantes encontramos en estos versículos: la sal y la luz. La sal era un artículo de mucho valor y de gran demanda en el tiempo del Señor Jesús. Los griegos decían que era divina y los soldados romanos frecuentemente recibían parte de su sueldo en sal, de allí la palabra *salario*. Como era muy demandada, ellos podían venderla o cambiarla por otros artículos que quisieran. La sal es muy útil y provechosa porque cumple varias funciones y de aquí por qué el Señor hace la comparación de la sal con sus discípulos: la sal purifica, conserva, cura y previene y da sabor. En aquel tiempo no había neveras ni cubitos de hielo; imagínese para transportar el pescado de Capernaum a Jerusalén, en una distancia de 1,500 kms (más de 900 millas), el pescado debía estar muy salado para no echarse a perder, para no descomponerse o contaminarse.

La sal de hoy en día no puede perder su sabor, pero la de aquel entonces sí porque no estaba procesada como la de hoy. La sal conservaba muchas impurezas minerales y al estar expuesta al aire podía

perder el sabor. Cuando el Señor dice que la sal que pierde su sabor es echada fuera y hollada por los hombres era porque esa sal que perdía su sabor la almacenaban en el Templo de Jerusalén y cuando por causa de la lluvia los pisos de mármol del Templo se volvían resbaladizos, se esparcía sal sobre ellos para que la gente no resbalara. La sal, entonces, era pisada por la gente. Impresionante la comparación que hace el Señor. La sal que pierde su sabor no sirve para nada más. El creyente que no es sal vive un cristianismo a medias y está más vulnerable o débil para rendirse ante cualquier prueba de Dios o ante cualquier ataque de satanás el cual lo estará pisoteando, es decir, le estará lastimando en su mente, en sus emociones, en su físico y por supuesto, en su fe.

El que quiere seguir al Señor se convierte en un *pescador de almas*, es decir, en un evangelista, pero, como dije hace un momento, su labor no termina cuando la gente recibe a Cristo. Así como la sal tiene una gran propiedad de penetración en la comida, así también debe ser el discípulo de Cristo con la persona que ha sido evangelizada. Debe estar allí, siempre cerca, siempre disponible para proteger, es decir, para impedir que se contamine esa persona porque será atacada con la tentación de volver a sus viejas costumbres. El discípulo está bastante cercano con esa persona para darle apoyo y consuelo en sus momentos difíciles o de duda.

Pero la sal hace algo más; provoca sed. El discípulo debe provocar una sed para Dios en la persona que está discipulando. Esto lo hace con el testimonio de su vida transformada. El discípulo cumple su trabajo cuando logra que la persona aprenda a buscar de Dios por sí misma, cuando sea su mayor anhelo llenarse de la presencia de Dios, cuando aprenda a refugiarse en el Señor antes que con nadie más, cuando aprenda a llenarse de su Palabra, cuando entienda la importancia de orar, de estudiar la Palabra de Dios y cuando esa persona está lista para discipular a alguien más.

La sal además da buen sabor. Dice Pablo que nuestra conversación sea siempre *con gracia*, es decir, agradable y *sazonada con sal*, es decir de buen gusto (Col. 4:6). ¿Cómo son nuestras conversaciones?, ¿reflejan gozo o frustración?, ¿alegría o enojo?, ¿felicidad o tristeza?, ¿compromiso con Cristo o indiferencia?, ¿hablamos mal de los demás o glorificamos a Cristo? El Señor Jesús les dijo a sus discípulos que nunca faltara la sal entre ellos (Mc. 9:50).

“Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa” (vv.14-15).

En el Antiguo Testamento Jehová llamó a su pueblo a ser luz para las naciones (Is. 42:6; 49:6). El salmista nos enseña que la luz se refiere al verdadero conocimiento de Dios (Sal. 36:9). El Señor Jesús se describe a Sí mismo como la Luz del mundo (Jn. 8:12; 9:5). El Apóstol Juan dice que Dios es Luz (1Jn. 1:5). El Señor está ahora llamando a Su Iglesia para ser la luz del mundo. Es decir, para continuar su obra de Salvación en la tierra; el Señor espera que sus discípulos puedan ser luz como Él. ¿En qué sentido luz? Luz para los que andan todavía en oscuridad espiritual; luz que guía a Cristo, luz que hace que las cosas se vean con claridad, luz que evita que tropiece la persona en el camino o que sea atacada por los depredadores que se mueven en la oscuridad; luz que da paz, esperanza y seguridad. En este sentido el discípulo está puesto para iluminar, para dar luz a otros. El Apóstol Pablo lo entendió muy bien cuando dijo: *“para que seáis irrepreensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminares en el mundo” (Flp. 2:15).* Vivimos en un mundo que hoy más que nunca necesita de Cristo; vivimos en un mundo en donde hoy más que nunca el discípulo del Señor hace la diferencia. Si somos hijos de Luz, somos llamados a vivir como hijos de Luz (Ef. 5:8).

Dice el Señor que esa luz no se debe esconder sino que más bien debe de notarla todo el mundo. Es decir, que la luz del Señor que está en nosotros la puedan notar todos; así como la ciudad en la montaña se puede distinguir a la distancia por la luz, así también debe ser el discípulo. No hay discípulos secretos en lugares en donde no hay persecución. En nuestro ambiente, sería una vergüenza que nos de vergüenza que la demás gente sepa que somos creyentes.

¿Le da vergüenza orar en el restaurante por los alimentos?, ¿llevar bajo su brazo una Biblia?, ¿ponerse ropa con un mensaje cristiano?, ¿entregar tratados?, ¿invitar a su iglesia?, ¿hablarle de Cristo a alguien y cualquier otra cosa que tenga que ver con el Señor, con su Palabra y con su Iglesia? Mire lo que dice el Señor: *“Porque el que se avergonzare de Mí y de Mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, el Hijo del Hombre se avergonzará también de él, cuando venga en la gloria de Su Padre con los santos ángeles” (Mc. 8:38 / Lc. 9:26).* Ojalá este nunca sea nuestro caso, pero si lo

es, el Señor le está hablando, así que es el momento de arrepentirse y entregar de verdad la vida al Señor y cambiar por completo de actitud.

De vuelta a nuestro relato de hoy, dice el Señor que la luz de la lámpara no se esconde porque entonces no tiene sentido la luz que da; al contrario, la luz se pone en lo alto para que abarque toda la habitación. Así debe ser el discípulo, debe ser visible para todos a través de su testimonio, de su vida transformada y entregada al Señor. El discípulo no debe de opacarse para que nunca deje de esparcir por todos lados la claridad. El discípulo es la luz del mundo solamente en la medida en que Cristo mora y reina en su vida (Ef. 5:8), porque en esa misma medida reflejará el carácter de Cristo en su vida.

“Así alumbré vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (v.16).

Otra vez, el verdadero discípulo no permanece escondido, no trabaja a su manera sino en equipo con la Iglesia del Señor. El discípulo está llamado a brillar, pero sabe que no brilla con luz propia; es la luz de Dios alumbrando a través de él. Por eso es de suma importancia que quien quiera ser un verdadero discípulo del Señor tenga una comunión íntima con Él. Esa luz brilla a través del buen testimonio, de la conducta y de las obras buenas que hace el discípulo en el Nombre del Señor. Y todo lo que hace, lo hace para la gloria de Él. Es decir, el discípulo apunta o direcciona a las personas a tener esa misma intimidad con Cristo; los hace dependientes de Cristo y no del discípulo. Santiago hace una muy buena referencia entre la fe y las obras (Stg. 2:14-26); la fe del creyente se refleja a través de sus buenas obras, a través del compromiso que tiene con el Señor; y las obras que hace son para glorificar al Señor y nunca para glorificarse a sí mismo.

Quien no cree en el Señor verá el testimonio y las obras del discípulo, notará cómo hace la diferencia en un mundo inundado por el pecado, notará la paz y el gozo que vive en medio de los problemas y algunos de ellos tendrán curiosidad de saber por qué aquella persona es así, querrá tener lo mismo que tiene el discípulo. Este es el momento de hablar de quien transformó su vida, es el momento de invitarle a arrepentirse de sus pecados y entregar su vida a Cristo, y es el momento de iniciar una relación tan cercana con esa persona, hasta que esa persona esté firme en su fe en Cristo y esté dispuesta a hacer lo mismo con otros.

Estoy convencido de que la mayor gloria de nuestra luz es que podamos ser instrumentos útiles en las manos del Señor, para que toda la gloria, alabanza y honor sean para Él y sólo para Él. Alabar a Dios por medio de nuestra vida es mucho mejor y más importante aún que glorificarlo solo con nuestros labios.

Conclusión.

Si no sabía lo profundo de esta hermosa lección que nos enseña el Señor Jesús, ahora ya lo sabe; y si ya sabía lo que significa ser sal de la tierra y luz del mundo, la pregunta para cada uno de nosotros sería: ¿estoy siéndolo yo?

Sal y luz significan influencia, pero la influencia no es a través de la presión sino del buen ejemplo. El mundo necesita sal porque es corrupto y luz porque vive en tinieblas. Esto lo sabe el discípulo y sabe también que está llamado a hacer la diferencia transformando vidas, pero, para hacerlo, necesita estar su propia vida transformada por el Señor. El creyente que ha perdido su sabor es aquel que ha perdido su primer amor como le dijo el Señor a la Iglesia de Éfeso (Ap. 2:4). Note que el Señor da por hecho que los suyos son sal y luz porque no dice *seréis* o *debéis ser*, sino *sois*. Esto quiere decir que el Señor cuenta con usted y conmigo para seguir llevando el Evangelio de la Salvación para que Él pueda hacer su obra redentora. ¿Qué respuesta le va a dar a Él?

El creyente que pierde su sabor es uno que aparenta ser sal pero que ya no tiene las propiedades de la sal, es decir, es uno de apariencias, es un creyente solo de nombre, pero no de hechos, no de verdad. Déjeme decirle que, la vida sin Cristo se vuelve una vida sin sabor, sin sentido, inútil, hueca. Pero tristemente así también se vuelve la vida de alguien que decide creer en Cristo, pero no ser su discípulo; se vuelve una vida aburrida.

Si no fuera por la presencia de la sal y la luz cristiana, el mundo estaría en completa descomposición y en completa oscuridad; pero aunque hay creyentes que siguen haciendo la diferencia, la verdad es que hacen falta muchos más. Hacen falta hombres y mujeres decididos que no cuestionen, que no pongan condiciones, que no lo quieran hacer a su manera, que quieran integrarse al trabajo de equipo de la iglesia. Hacen falta hombres y mujeres que quieran pagar el precio de seguir al Señor Jesús, que quieran parecerse a Él, que quieran trabajar para Él.



El Señor Jesús le está llamando; Él dice: Sígueme, pero no quiere engañarle ni hacer que usted se forme falsas expectativas del llamado. Usted va a pagar un precio por servirle, pero Él le promete equiparle y estar con usted en todo momento. El Señor quiere y espera que de ese brinco de ser un simpatizante a convertirse en un discípulo de Él. La pregunta es entonces, ¿qué respuesta le va a dar? Mi oración es porque se decida a dejar la banca de los domingos y se convierta en un colaborador del Reino, en un discípulo del Señor. Amén... Vamos a orar...